

LEANDRO PERDOMO

EL
PUERTO DE LA LUZ



EDICIONES LIBER

1955

Leandro Perdomo nació en 1921; su vocación literaria no se manifestó muy tempranamente, pero, una vez aparecida, viene ostentando idénticas virtudes de observación, ironía y robustez. No es Leandro un autor melindroso ni un *retórico vocinglero*, especies que abundan entre nosotros. Aunque se halla distante del lirismo extremado, sus condiciones espirituales y su experiencia vital - ha sido estudiante, cargador de muelle, chamarilero, director de un parvo semanario - han hecho que la comprensión y la ternura, forzosamente veladas, sean cualidades supremas en todos sus escritos. En cuanto ha ofrecido al público predomina la observación de las costumbres, señaladamente localizada en los barrios y *aldeños marineros de nuestra ciudad*; y todo expresado en un estilo directo, eficaz casi siempre, tosco y pobre alguna vez, pero adecuado a su aguda aptitud de escritor hondamente inmerso en las más valiosas y puras esencias del pueblo, que no del vulgo.

Antes de este volumen - constituido por excelentes crónicas costumbristas-, Leandro dió a la estampa, en 1953, una colección de narraciones breves. Prepara otro libro de crónicas diversas. Dadas sus condiciones, la editorial LIBER se complace en contarlo entre sus más vivaces autores. - V. D.

LEANDRO PERDOMO



EL PUERTO DE LA LUZ

(TIPOS Y ESTAMPAS)

Canarias PR

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>206954</u>
N.º Copia <u>4 84217</u>

DIBUJOS DE
MANOLO
MILLARES

EDICIONES LIBER

1955

DIAGRAMA

*A los humildes, a los miserables, a los
enfermos y a todos los inútiles, locos y
desesperados del Puerto de la Luz.*

L. P.

CAPITULO I

EL PUERTO

Mirado el Puerto desde el mar, no luce. Las elevaciones montañosas, cárdenas, de la Isleta, resalfan. Y los depósitos extranjeros de aceites extranjeros de la explanada, también, resaltan. Mas mirado el Puerto desde la carretera esbelta y aserpentinada que de Las Torres baja, a más de la tierra roja de la empinada Isleta y el brillo metálico de los depósitos, se ve el conjunto del Puerto, el caserío apretado y compacto que constituye el Puerto. Y se ve, extendida y sinuosa, rubia, maja, recostada, la playa de Las Canteras, viva en su mar, brava a veces en sus olas. Asimismo la playa más parda y más tranquila de las Alcaravaneras, con su dique enfrente y sus aguas mansas, quietas, de la Bahía llena de barquitos, pintada de vapores y alocada de humos y sirenas y olores, muchos olores costeros y olores de la mar.

El Puerto puede decirse que empieza en cabeza y termina en rabo. La cabeza es la Isleta. El rabo, el inicio de Alcaravaneras, el breve tramo entre la playa y las arenas que son las espaldas de la playa. El Puerto termina un poco más allá del Parque Santa Catalina, al morir Alvear y reducirse casi la línea urbana al inquieto y guagüero León y Castillo. León y Castillo en Las Palmas tiene transversales, y en el Puerto; mas tiene ese espacio de soledad y autonomía.

Quiriendo poetizar al Puerto se puede ver en él el suave conjunto de unas formas bien dibujadas. Definida su cabeza y su rabo, le quitamos el rabo y le ponemos la línea de un fino pie de mujer en punta. Y entonces veremos talle y caderas. Talle donde Albareda, a un lado el mar y al otro diminutas callejas con nombres de isla, se adelgaza, se aprieta. Y caderas del Puerto relucirán en el Parque. El Parque es redondo y más redondo lo hacen sus alrededores, mar y muelle aquí, mar y playa allá en un conjunto armónico definido.

Pero... , no. Vamos a no ver gracia y belleza, línea y garbo femeninos donde lo prosaico impera. El Puerto es comercial antes que nada y no se pueden concebir encantos donde el mostrador, el "debe" y el "haber" y la máquina "tragaperras" instituyen la única ley, el único motivo del vivir y la esperanza. Porque la forma la supeditamos al fondo. La playa de Las Cante-

ras en verano con su alegría y sus turistas y en invierno con su fría desnudez, es para nosotros playa, una gran playa que tiene el Puerto, y nada más. El Puerto con su silueta resplandeciente a lo alto - a los que miramos siempre de lo alto así se presenta - no puede incitarnos a una inspiración de orden venusino (valga la expresión). Hay mujeres bellas, de cuerpos de estatuas y caras angélicas, y sus almas no sirven. No podemos amarlas; no podremos irnos hacia ellas pensando en la grandeza de los siglos y lo largo de la Historia.

Es necesario sentir la paradoja. Hay que hacer la radical separación de materia y espíritu; eso es el Puerto.

El Puerto tiene una línea femenina en su dibujo; tiene encantos de mujer hermosa; tiene atracción visual, contemplativa, de primera vista, pero... su alma adolece. Pueblo sin mayor preocupación por la cultura, el fútbol y las salas de espectáculos agarrotan la sensibilidad y relaja los sentidos del alma porteña.

El Puerto, hay que reconocerlo, va a la deriva en la más moderna civilización avanzada de maquinarias, negocios y jactancias del siglo. Alma a la espalda, olvidada, desamparada, el Puerto de la Luz avanza precipitado en la pendiente del más agudo materialismo.

¿Tiene el Puerto de La Luz algo que de verdad deba amarse?... Lo queremos; porque se quiere nece-

sariamente a lo cotidiano. Es ley humana. Se quiere al gato negro de la casa como se quiere al loro de la vecina, de tanto oírlo; como al perro de caza, y al hurón; como al árbol de la calle que siempre miramos porque siempre está allí, quieto y mudo, inconsciente en su pobreza triste de vegetal sin culpa. . .

Mas, yo quiero ver algo en el Puerto de La Luz que lo salve de la "muerte completa". Virgilio Cabrera, ese hombre, ese escritor lanzaroteño agudo y sagaz como aquellos de antaño, habló del Arrecife que busca la inmortalidad pese a todo. Yo espero que la sinceridad, esa honda y desnuda sinceridad que respira el ambiente porteño, salve al Puerto. Los héroes de Carlyle lo fueron en cuanto en ellos intervino el sincero elemento. Hay que contar con una salvación "heroica" del Puerto de La Luz mientras el Puerto de la Luz no pierda ese sentimiento característico de la sinceridad que refleja su ambiente.

Sucesivamente, a través de los diversos capítulos que componen esta publicación, volveremos sobre el tema, diremos otras cosas, otros aspectos de los muchos que definen y caracterizan a este Puerto de La Luz internacional y cosmopolita - lo dicen todos - y orgullo nuestro en esa reconocida categoría entre los importantes puertos del mundo.

CAPITULO II

LA CALLE RIPOCHE

Las calles también tienen su historia y su vida. Hay calles trágicas, dolientes; y las hay alegres, carnalescas, llenas de humor y optimismo.

En mi pueblo hay una calleja estrecha que le dicen “el callejón de la sangre“, o “callejón sangriento“. Este callejón tiene dos vidas, dos versiones. Unos dicen que en él los moros, cuando “las correrías“, a golpe de daga cortaron centenares de cabezas cristianas del pueblo, allí acorralado; del pueblo, que los hidalgos y nobles desde entonces supieron siempre bien guardarse en las fortalezas de sus castillos y mansiones. Otros suponen que el calificativo trágico de la calleja obedece a un crimen horrendo cometido, tiempo ha, en madre y dos hijas allí degolladas con la tiniebla y con asesina

ansia sádica. Ambas versiones pueden ser verdad y ambas mentira.

Existen nombres populares de calles que dicen el complejo humano sustancial de una toponimia veraz y profunda. La calle de “la amargura“, la “del duende“, la de “la porra“, la “del fuego“. Y las otras de “la golfería“, “la carroña“, la “del disparate“, la de “la jentina“, “la jocosa“, la de “la alegría“ . . . , y miles así.

Pero hay calles pequeñas -en todas las poblaciones debe ocurrir- que por su situación le dan el jaque vital a espaciosas vías y avenidas; a bellas calles de impecables líneas, modernas.

Hay calles escuetas como la vejez, “engruñadas“, y hasta jorobadas. Son las que un día iniciaron el trazado urbano y, año tras años, han resuelto la historia de la conglomeración humana heroicamente. Estas calles son como troncos, como viejos troncos donde la sabia se concentra, se espesa. Las otras, las esbeltas, las sinuosas, limpias y bellas, son ramas tiernas donde circula la vida de prisa, sin dejarse sentir; a horas.

Cada calle tendrá su historia y su vida. Hoy voy a decir la vida de una calle, la vida que yo veo. Nada de su historia. Esta, la posible historia, que la digan otros, si quieren; que para esas cosas hay historiadores.

La calle es una calle vieja, antigua; es casi un callejón: es una calle tronco. Es, aun con sus brotes mo-

ernos de vistosas plantas, una calle anciana. Tiene, a ciertas horas, un olor de vejez, de algo que se ha limpiado miles de veces y siempre huele. Huele a vida apretada, amontonada, superpuesta. Huele a humanidad compacta.

Porque esta calle, que es la calle Ripoche -nadie lo pondrá en duda- por su enclave partiendo esa gran plaza imantada de este Puerto de muelles y playas, ejerce de evacuadero integral. El Parque recoge a todo el que llega y todo el que llega sale, traspone por Ripoche. Ripoche es el cruce, la salida. El Parque, con sus betuneros, desplaza hacia allí todo lo que le sobra y aún -muchas veces- lo que le falta. Los Cafés del Parque incluso invitan a los Cafés de Ripoche con muchos clientes.

Pero la calle Ripoche, evacuadero de la circulación que le brinda el Parque, con sus carritos, es estacionaria, sedimentaria. Con sus múltiples Cafés y Pensiones, la calle Ripoche bate el récord mixto de forastería emplazada, exótica, y ciudadanía. Porque las Pensiones acogen a los viajeros, pero los Cafés a todos.

La calle Ripoche tiene horas pintorescas. Es ese atardecer de enorme cola doblada como rabo de perro echado. Cuando han cerrado las oficinas y los oficinistas aperitivan. Cuando los negociantes de negocios concretos aparecen y desaparecen. Es cuando "Gilda",

con su eterno carnaval, luce sonriente las luces de sus colores prestados, orates y anacrónicos, esperando, acaso, también su guagua. Cuando el ciego de garganta pletórica vocea en la esquina su última canción y saca siempre otro número. Cuando “Mandarria“, con su cachucha, duerme.

Mas. . . la calle Ripoche tiene sus horas tranquilas, sosegadas. Allí el trabajo, también, pulsa la vida, como en el Parque. Porque hay un negocio de parque y un negocio de trasparque. Como hay un juego. Hay un juego topo, de sótano; un ajedrez topo y un porra topo, de parque; y una porra y una ajedrez de trasparque. Y hay una baraja y hay un dominó.

Y hay momentos -los tiene la calle- en que se puede parodiar al poeta y decir: “La calle franca. Ni materia ni espíritu. Paso -ella- queda y suave. LLevaba una ligera inclinación de nave y una luz matinal de claro día“ . . .

Esta, señores, es la calle Ripoche, corazón, arteria, vena, del Puerto. Calle vieja, antigua, enjuta. Llena de Pensiones y Bares. Alegre y triste. Oliente. Que tiene sus horas tranquilas y sus horas agitadas. Que ya está vieja y con su vejez llama la vida, la estaciona y le da paso. . .

CAPITULO III

“MANDARRIA”

Renqueando, como un barco de vela sin velas, como el “Correillo“, como un perro mordido por otro perro, cruza “Mandarria“ Ripoche, la calle de las dos estrellas. Mandarria va t mpano al hombro, frío en el espinazo (el hielo se le descuelga en chorros sobre la espalda), y frío en los huesos y el alma en la mañana sin ron.

Renqueando, renqueando llega Mandarria al Bar y entrega el hielo y cobra: una copa de ron. Ya es feliz. Una mueca amarga de satisfacción vencida le ilumina el rostro, radiante ahora, sonriente bajo la cachucha eterna de luto y de miseria. Los ojitos le rebrillan como dos luces albas. Ya al hombre se le ha quitado el frío de la mañana, el frío del día, de todos los días. Ya no le duelen el hombro ni la espalda; ya no le timbilibquean

las piernas; ya puede vivir, hoy, como siempre. Hará mandados y llevará contento el cacharro de comida a la vieja. Aguantará, sin enfadarse, las bromas de los barberos buenos que lo pelan y lo afeitan, de vez en cuando. Los barberos, al fin y al cabo, son buenos, pues hasta le pagan la copita cuando lo ven con mucho frío. . .

-Mandarria: Tú sabes que a los personajes se les hacen unas preguntas y ellos, contentos, las contestan, porque después lo que ellos digan lo publican los diarios. ¿No te gustaría que los periódicos hablaran de ti, de tu persona, de tu vida? . .

-¡Que val! ¡Usted está loco! ¿A quién le importo yo, si estoy listo? . . .

- Yo te garantizo, Mandarria, que esta vez sales tú en los periódicos.

- Una vez dicen que dijeron de mí que yo me dormía con la cachucha puesta. . .

- Te prometo, Mandarria, que hasta tu cachucha saldrá.

- Esta cachucha mía usted lo echa a la broma; pero esta cachucha mía es una gran cachucha. Hace que me la dieron más de cuarenta años, y todavía la llevo. Es buenísima, de cuero, como ve, aunque ya no se ve el cuero. . .

- Bueno, empieza.

- Me dicen Mandarria por mi tío, el luchador, que se llamó de pila Miguel Cabrera Castillo, el mejor luchador de la época. Se retiró de la lucha “pegando” con “Tabletas” en un mano a mano terrible, donde no hubo vencedor ni vencido. Quedaron dos a dos, y ya mi tío, en paz descanse, no volvió a pegar más en ningún “terrero”. A él le decían Mandarria, porque él mismo se puso el nombre. Fué cuando don Joaquín Moreno, el amo del Circo Cuyás, que era muy aficionado, le dijo: “El Sur sigue barriendo por el Norte. Vamos a ver, Cabrera, como te vas a portar el domingo”. Y por eso, por esa ocurrencia, soy yo Mandarria, y mis hermanos los que murieron, y Mandarria mi padre, que lo “tropicaron” al pobre en la guerra de Cuba; y hay Mandarrias en Argentina, y en Venezuela, y en Méjico. . . Mandarrias todos por mi tío Mandarria el luchador en paz descanse. . . Mi tío Mandarria nació en Lanzarote y se crió en Gáldar.

- Muy bien, Mandarria, muy bien. Todo eso interesa a muchos.

- Que usted se cree. Lo más interesante es que usted no sabe que yo, aquí donde me ve todo timbiliquioso y flaquito, fui un hombre fuerte, muy fuerte, tanto como mi tío. . . Pero. . . la costa es la costa. Yo me desgracié en la costa. Muchos son los años que el reuma me tiene

listo, y el reuma lo cogí en la costa. Puede decirle a los del periódico que mientras yo arrastro la miseria y el reuma por las calles, ellos, los dueños de los barcos donde yo tanto pescado saqué con la liña, viven ricos, se han hecho todos ricos.

- Bueno, Mandarria: eso pertenece al pasado, y el pasado es el pasado.

- Yo no sé del pasado ni sé del futuro. Lo que sé es que yo salí de la costa listo para siempre. Son muchos los años que cargo con mi reuma, y todos los días me espera la vieja, y yo no la dejo nunca sin comer. Y gracias que mi vieja es una vieja fuerte, como mi tío. Le falta a mi vieja un año para el siglo y ella me dice: "Juan, hijo mío: tantos como años de vejez yo arrastro, tú te arrastras con esos dolores de la reuma". Y yo le digo: "Madre, tú eres mi madre". Y ella me contesta: "Hijo mío, tú eres mi hijo y por eso yo quiero morirme, porque tú sufres por mí con tu la reuma". Y yo le vuelvo a decir: "No te apures, madre, que yo siempre viviré para ti, y cuanto más tú vivas más viviré yo". Y la viejita entonces me coge, igual que cuando era chiquitito, y se pone a contarme cuentos antiguos, de cuando ella era moza y era muy guapa y por ella suspiraban los hombres. . .

- Mandarria. . . eres tú un gran hombre.

- Yo no soy grande; soy más bien pequeño; pero. . . soy un hombre.

CAPITULO IV

LA ISLETA

Isleta empinada, apretada y compacta; abarrotada de vida, saturada de olor fuerte a humanidad. Isleta bullanguera, llena de chiquillos y radios, plena de algarrabías callejeras y afares deportivos del vivir de cada día. Isleta doliente, alegre y triste; marinera; supersticiosa y novelesca con sus leyendas de esqueletos extranjeros.

El que no haciendo caso de ese decir ya viejo y siempre nuevo de “¡no vayas a la Isleta de noche, que es peligroso!”; el que quitándose de cuentos a cualquier hora del día o la noche vaya a la Isleta, la memoria de un espectáculo sin copia en el recuerdo guardará para siempre. Espectáculo humano, palpitante, vivo.

• Caminar por las calles de la Isleta es, antes que nada, sudar. Después, sentirse chiquillo. Luego, deportista y músico. Y más tarde, si sigue caminando, con-

templando, viendo, cualquier cosa: padre, ingeniero, antropólogo, alcalde. . .

Subiendo y bajando yo me sospeché un día perdido en la Isleta. Mil rótulos de fuerte resonancia histórica -guanche- leyeron mis ojos (Guayarmina, Tenesor, Tenteniguada, Maninidra. . .). Subiendo y bajando entre chiquillos que formaban ejércitos verdaderos de futbolistas y cow-boys, los trepidantes altavoces en competencia fiera llenaban el aire, espesaban el aire; y a mí los oídos sin resortes, la capacidad amplia y ansiosa de oír.

Pienso -hoy- si no existirá como un deporte más, en la Isleta, insólito torneo hogareño, una especie de competición familiar, una meta disputada y un trofeo y un laurel. Pienso si no existirá en la Isleta el ejercicio en regla, premeditado, de crear criaturas y coleccionar aparatos (Radios). Competición en la procreación y competencia en la posesión de esos mueblitos vistosos que hablan y además cantan.

Alguien me ha dicho que el matrimonio normal, en la Isleta, no baja de la media docena de vástagos. Y cualquier familiar normal -parece- ha de contar con suegra correspondiente, la cuñada y tres, por lo menos, aparatos de radio.

Asombroso el espectáculo hondamente humano de ese gran barrio porteño; barrio pobre como cualquier

barrio, pero . . . sincero, prolífero y saludable frente a la pesimista teoría malthusiana y, también, alegre frente a sus tristezas, esas tristezas rendidas que tienen los barrios.

Yo abogo por un premio a la fecundidad colectiva; premio a la natalidad heroica de la Isleta en su conjunto. Se premia el múltiple parto y se premia a las familias numerosas. Se debe premiar el alto concepto cristiano de la procreación de un pueblo; de un pueblo que, por encima de las circunstancias y el ejemplo coactivo de otros sectores sociales, no busca, no impone trabas ni remiendos a la ley de Dios. Este es el caso de ese gran barrio porteño de la Isleta.

Mas . . . abogar siempre es bueno. Después de esa primera exposición filatélica y numismática celebrada hace poco, yo abogo por otra primera exposición en nuestra ciudad: exposición de aparatos de radio. Estoy seguro que la Isleta aportaría una curiosa colección, marcas rarísimas, tipos y marcas insospechadas. Otro premio.

“En cada patio de casa de la Isleta hay uno o dos esqueletos“. ¿Quién no lo ha oído decir? Hay hasta quien afirma, quien apuesta por centenares de esqueletos si se procediera a una excavación en regla en los bajos fondos de la Isleta. Otros, ésto, lo desmienten echándolo a pacotilla. Pero desde luego lo que sí hay de cier-

to -parece ser- es que en cierta ocasión un señor tuvo que hacer unos trabajos de socavamiento de cimientos y se encontró con que en una esquina, muy bien colocaditos, estaban dos esqueletos. A alguien se le ocurrió decir que aquella pareja de esqueletos, de vivos, pertenecieron a la rubia Albión, habían venido en un barco de allá, de la tierra del cielo encapotado; y, naturalmente, la ocurrencia fué Troya. Ahora en cada patio de casa de la Isleta hay un cadáver sajón, una pareja de calaveras inglesas.

Y al llegar aquí -¡oh exigencias del escribir periodístico!- es necesario concluir. Pero sería imperdonable para un cronista, para un comentador de realidades como soy yo, callar lo principal: la escopeta.

Resulta que, entre tanta propiedad, tenencia o pertenencia (algarabías, supersticiones, leyendas, chiquillos, radios, esqueletos. . .) la Isleta tiene su escopeta.

El lector, por miope que sea, no tiene más que empinarse un poco. Entonces sus ojos verán la escopeta de caños acerados que constituye el dique (el muelle grande).

Yo de mí sé decir que siempre que me elevo no resisto la impresión de que con su gran escopeta de caños de cemento la Isleta apunta a Las Palmas, quiere fusilar a Las Palmas. Mas. . . no se asusten ustedes, que no hay temor: la perdigonada caerá al mar.

CAPITULO V

MAESTRO SANTIAGO "EL PAJARERO"

Sabido es, por viejo y por verídico, el cuento del pájaro pintado. El inglés se fué con su canario amarillo que resultó pardo y, en deportivo afán de venganza, un día recaló por nuestro Puerto y hundió la infeliz chalana de maestro Santiago "el pajarero". A los gritos elocuentes de "¡no más caena, no más caena!", el capitán extranjero rió lo que quiso y el viejo Santiago tuvo que ganar la tierra firme a puros ruegos, batiendo en un "crol" magnífico la ímproba marca inesperada. Fué su natación una natación sin resabios, sin memoria.

Junto al Castillo, maltrecho y sin aliento; frente a las marismas fangosas y olientes, dicen que el anciano Santiago lloró de rabia, de burla y desesperación. Con el puño cerrado en alto, él, viejo y vencido, amenazó al navío inglés que se alejaba, humeante. Con los ojos

saltados y el rostro cárdeno, no hubo hombre que personificara en igual gesto el orgullo del hombre. Fué asombroso. ¿Cómo iba él, sólo con su mano y aterido, a repeler la burla, el insulto de un capitán nada menos? El fué marino en un tiempo y bien sabía lo que puede, a bordo y en tierra, un capitán. El, ahora, era lo último, un pobre desgraciado pajarero burlado, ridiculizado en su oficio y, no había duda, también en lo humano. Debió parecer un mono hundiéndose con su chalana y sus bajarillos. Era terrible. Siempre fué terrible para él la risa, algo inaguantable, algo que su temperamento no perdonaba. Por eso hasta que viviera seguirían resonando en lo más oculto de su sangre las carcajadas del inglés, aquellas sonoras y estrepitosas carcajadas del colorado inglés con su gorra, azul. Era espantoso. Hasta en Londres se hablaría de él; se reirían las mujeres rubias y los chiquillos rosados. . . No podría soportarlo, estaba seguro.

Con pasos de un pisar sin ventura, maestro Santiago se alejó del fango y los olores, cruzó "Juan Rejón" lleno de tiendas y se fué a su casa, y no apareció más por el muelle ni por la bahía ni -eso fué lo enorme- recaló jamás por la Plaza del Mercado, ese mercado revuelto como aguas de barranco pero que siempre, todos los días, caía el negocillo barato, se hablaba de barcos y se discutía de cosas de la mar.



Esta, ni más ni menos, es la versión real del extraño caso de maestro Santiago el pajarero. Dicen los que lo conocieron por aquella época del “cambullón” libre, sin trabas, que fué el viejo Santiago un hombre bueno, laborioso y consciente -muy consciente- de la dignidad y el honor entre los hombres. El inglés, con su humor, lo había ofendido en su honrredad, y ya en su vida podría tratar con ningún inglés. Esa era la verdad. Y eso que él, en aquella época venturosa, no tan lejana, tenía carta abierta para subir a los barcos y en todos, de cualquier bandera, buenos amigos.

Efectivamente era esta época de referencia, como decimos, venturosa, dichosa. Era cuando la actividad comercial del cambullón se consideraba legítima, como un comercio más con su ley, como un trabajo gremial donde los hombres laboraban por el pan y hacían del trabajo fuente segura de ingresos para la comunidad porteña. Era, naturalmente, cuando los marinos traían su mercancía y la cambiaban por artículos del país, calados de Telde y bordados de La Palma, mantillas canarias y pájaros cantores. Así ellos, los marinos, salían contentos con sus regalos para las novias del mundo, y el Puerto de La Luz abarataba las subsistencias con la abundancia de esos comestibles -y bebestibles- llamados de “gambusa” o despenseros. En la transacción y el cambio todos, todos lo que autorizados ejercitaban el

oficio en el dique y a bordo, se ganaban el sustento y el bienestar como Dios manda.

El extraño caso de maestro Santiago el pajarero vive en el recuerdo de los que hoy, hijos unos, nietos otros de aquellos hombres del muelle y la bahía, sudan el pan, el escaso pan, desplazados, reclusos a la torpe transacción de la explanada donde los coches del turismo pasan veloces y los marinos no alcanzan en el corto tiempo de arribada y partida de sus naves.

Verdaderamente fué una época dichosa esta época memorable del viejo Santiago el pajarero, que hoy evocamos. Ya todos a bordo, tripulantes y pasaje, reinaba la animación entre los gritos de la oferta y la demanda y muchos cambulloneros garantizaban el trabajo en la postrer pitada majestuosa del "Castle" o el "Paquete".

Para mí, que busco lo popular y quiero ver en lo popular algo más que lo vulgar de un pueblo, maestro Santiago el pajarero constituye una especie de patriarca del cambullón; un símbolo de ese trafiqueo del muelle tan genuino de nuestro Puerto. Símbolo mayor para los que hoy son herederos del oficio y se esfuerzan por practicarlo y seguirlo frente a las inclemencias del tiempo, que se aguantan en sus puestos cada día bajo el sol, añorando la rota felicidad de otros años y esperando la comprensión que llegue y les devuelva la prerrogativa de pasar al dique y acercarse -acercarse nada más- a los

barcos y allí, como antaño, como es, exponer la mercancía típica canaria y española.

Me atrevo a aconsejar a los cambulloneros de hoy, a todos los que bajo el sol de la explanada firmes y honrados siguen en sus puestos, que no se desesperen, que aguanten y que, cuando las fuerzas de aguante les vayan a faltar, piensen con amor en maestro Santiago el pajarero, hombre bueno, noble, humano y valiente como son los hombres. En la explanada se puede estar sin hacer el ridículo, sin “parecerse a monos“, aunque otros pasen la verja y la valla y vayan a bordo y acaparen el negocio protegidos por capitanes extranjeros, empresarios de tierra firme y jerifaltes del Puerto.

CAPITULO VI

LA PLAZA

Dijimos que Ripoche era corazón, arteria, vena, del Puerto, estación marinera y otras cosas. Pero la calle Ripoche, escueta, oliente y apretada, es una calle, nada más. Hoy un simple callejón -un callejón casi sin salida- va a batir el récord máximo en la popular categoría porteña.

Este Puerto de La Luz, por puerto, por arraigo y por toda su vida callejera que late frente a los muelles y frente a la ancha mar, es urbe plena sin duda, con toda la categoría de ciudades con historia. Las Palmas, primera capital de las islas sin discusión -y con discusión-, ¿qué significa, qué sería sin su Puerto? Quizás una villa bella, una ciudad con sus muchos encantos y sus muchos defectos, al decir de peritos, arquitectos y otras gentes de la piedra, la línea y el cemento.

Hablando de nuestro Puerto podríamos explicar-nos trayendo a cuento mil aspectos que lo definen. Hace ya tiempo quisimos decir algo de los pobres cambulloneros de la explanada, esos hombres que se esfuerzan por mantener una tradición comercial genuinamente porteña. Hoy, elevándonos un poco, nos sería fácil decir mucho de la importancia que, entre otros factores, la exportación da al Puerto. Al lado del tomate y la banana, fuente inagotable de la preciada divisa, el pescado y, como en el Puerto de Arrecife la batata y el de Cabras la cal-piedra, diversos productos de menor calibre que asimismo son elementos ciertos de economía y riqueza. Pero. . . queremos ir por lo bajo, ir tratando temas sencillos, aspectos populares, realidades patentes de este pueblo que vive pese a todo y frente a todo, circunstancias y deportes, se esfuerza, se debate ante la historia.

Lo vulgar es lo típico del Puerto de La Luz, lo innato y sustancial. Y la Plaza es lo más vulgar del Puerto. No hay quien ponga en duda la prosa barata, los vocablos desgarrados del lenguaje porteño en su genuina estampa de cafetines y corros de esquina. Los tópicos del fútbol y el cine son los mismos que en Las Palmas; pero la jerga palabrera es única, exclusiva. También el porteño legítimo tiene una mímica propia. En la Plaza es donde más se aprécia.

La Plaza del Puerto es plaza por dentro (una plaza del Mercado donde se venden verduras, aceitunas y a veces carne). Por fuera la Plaza del Puerto es más que plaza; es Foro, Circo, Bolsa, Comercio, Farmacia, Clínica y Museo.

En la Plaza del Puerto hay de todo. Sin ser inglés ni moro yo allí, un día, compré té puro de Ceylán. Después, paseando, quise comprar muchas cosas: un palito para el catarro, que se chupa; una pomada rara, una aspirina inglesa, penicilina, una gabardina chilena o peruana y una radio sueca. Quejoso de la cartera, exhausta siempre, me limité a contemplar la baraúnda de cosas, tipos y figuras. Los tipos estaban bien vestidos unos, desarrapados otros; pero todos con una inquietud comercial inmensa. Fué cuando dos, dos cualesquiera saliéndose del montón, después de otearme como se otea lo imprevisto, me abordaron, decididos: “A lo mejor al caballero le interesan unas liritas“. . . Y sacaron un fajo enorme de billetes enormes, grandísimos, más del doble que los nuestros de a mil. “Son de a cien liras italianas, legítimas, que se las ponemos a usted, con rebaja, a siete céntimos y medio, o sea, a 7,50 pesetas el billete de a cien“. Claro, yo, estupefacto, no sabía qué decir; hasta que el otro intervino, tajante: “Tú no conoces al señor. El señor a lo mejor lo que quiere son dólares, de los buenos; o escudos, o pesos, o bolívares,

o francos, o coronas. . . ¿No quiere usted coronas, señor?“ Salí volado. . .

La Plaza del Mercado del Puerto es, dentro de una vulgaridad sin límites, algo extraordinario. Hay que ver cómo vive allí la gente; de qué manera todos viven; cómo todos diariamente de allí, de aquella baraúnda, sacan el billete, los dos billetes. Desde el vendedor de comestibles hasta el que vende una mona y el que vende ropa y eso que descubrió Fléming y lo otro que otros descubrieron después, todos se ganan el pan. Y muchos -¿quién lo duda?- hasta prosperan. Arturito llegó de Lanzarote fracasado en su arte de retratar a la minuta y hoy la compraventa de telas y relojes en buen uso lo han hecho amar la vida. Arturito, en su bregar de años por las islas, le ha pegado a todo. Hombre de feria y de fiestas como buen andaluz, aunque él llegó de Asturias, no queda oficio, no hay tejemaneje que Arturito no conozca. Arturito dejó ya la “mujer araña“ y otros fenómenos y, al fin, como tantos “jarandinos“ y demás mercaderes, en la Plaza ha encontrado la manera de un existir tranquilo, placentero.

Pero la Plaza del Mercado del Puerto tiene algo más que su mercado pintoresco. Tiene, sin duda, un vivir apretado de afanes. Tiene una proyección vital que, ya lo hemos dicho, Ripoché se pierde en lo absurdo. La Plaza es hormiguero humano, enjambre, colmena,

piara. Allí lo humano impera, lo humano por popular, "existencial" y elocuente de mundos distintos. A comprar a la Plaza van criadas y señoras, hombres del campo y señoritos. Todos se enfrentan con el mercader acérrimo, consecuente a veces y hasta educado, como los más finos de Triana o Juan Rejón.

Mas. . . , por encima de todo, lo que a la Plaza da cariz entrañable, matiz de estampa sin copia, es la savia extranjera, la presencia extranjera. Allí, en aquel trecho de calle y esquina, se aglomera la gente y circula sin otro motivo que el diario negocio y el negocio imprevisible. Pero los días de barco -de barcos correos con mucho pasaje- la Plaza, atrayente, recoge también lo suyo, recibe siempre lo suyo. Los turistas- sabemos- van a la Cumbre, a las playas y a la Catedral; pero muchos turistas se quedan en la Plaza, merodean por la Plaza. Es cuando negros "endilgaos" y negras risueñas, de caderas anchas y dientes calinos se amontonan, se entremezclan inquietos preguntando los precios con jovencitos sajones, damas vistosas y encopetados "dandys". Es cuando la chaqueta nuevita del "chone" cae en manos de Arturito; cuando las máquinas fotográficas de marcas opuestas cuelgan del hombro de un negro y se descuelgan a cambio del típico pañuelo, la dulce banana y el cestito de palma. Es cuando algún desconfiado caballero inglés pierde la "Parker" legítima sin saber cómo. . .

¿Qué más puede decirse, señores, de la Plaza del Puerto? Que es Plaza “vieja, antigua, enjuta”; vulgar, borracha y deportista; ampliamente comercial; pintoresca, marinera; mercader y rastrera; popular, canalla y noble con nobleza desprovista; negociante y ruin; falsa, sucia, mixta; mañanera y noctámbula; traperera. . . chata-rñera. . . peliculera. . . ¿Qué más puede decirse, señores?

CAPITULO VII

LUCIANO

A más de esa originalidad física, tan característica, de la visión de Luciano (ojo que mira, otea y confunde), está la cabeza de Luciano, la cara y la figura entera de Luciano.

La cara de Luciano es una cara pequeña, redonda; su cabeza, abolada; su figura toda, mínima, corta, es-cueta.

Pero no hace al hombre su dimensión corporal. Grandes los hubo en la Historia que pequeños lo fueron en el vacío desplazado por la materia. El terrible corso dicen que era más bien bajo, y yo lo creo.

En la figura corta, *ananada*, de Luciano, resplandece una dimensión vital inmensa. Luciano es todo nervios, gesto, parada; es condensación antropológica pu-

ra, antropoidea: técnica rígida de una evidente dinámica humana.

Zuloaga debió pintar, después de ese enorme “enano Gregorio el Botero” -impresión de las fuerzas elementales, bárbaras- un Luciano español, mítico, primitivo; aunque Luciano no tenga bote -ni chalana- y ni siquiera simple bota gallega. A cualquier medianía de pintor impresionista, yo estoy seguro, no se le habrá de escapar el ideal de un Luciano con su mímica feroz, salvaje y milenaria.

Luciano es la expresión plástica del hombre que reta al mundo. El vive en continuo desafío a la vida, a la humanidad, a las circunstancias. Por eso Luciano bebe.

Todo el mundo tiene que ver con Luciano. Todo ese mundo que se revuelve inquieto por el Parque, y por los alrededores del Parque -de Santa Catalina-, se mete con Luciano. Algún guardia también, de vez en cuando, se mete con Luciano. Es cuando Luciano duerme una noche velado el músculo, protegido por guardián fiel.

Mas. . . para conocer bien a Luciano hay que oírlo hablar. Las peroratas de Luciano son interesantísimas. Cuando Luciano habla, en el Bar, copa a la vista, nadie entiende nada. El se atropella, machaca las palabras, rompe la gramática y salta por ella en un malabarismo

aterrador de sonidos, de ruidos. Luciano es "clown" nato, piruetista único, acróbata inverosímil del lenguaje.

-Usted se equivoca de medio buscándome la vida. La vida agazapada del hombre se retuerce en la escritura, porque. . . usted escriba de mí lo que quiera, pero mi vida es mía, y no la digo. Yo bebo, y el otro bebe, y todos beben. La vida bebiendo es más vida, y la vida mía es mía. ¿Qué pasa? . . . Diga de mí lo que quiera y déjeme la vida.

Por ahí, por el estilo, siguió Luciano después de varios días en el empeño de que me contara algo. No pude sacarle más. Luciano es hombre de una intimidad absoluta, honda, definitiva.

No obstante, en Luciano quiero yo ver algo que pudiera ser muy bien fuente económica para el propio Luciano, tan necesitado. Brindo la idea a esos aficionados al cine "amateur". Porque Luciano, a más de ser enormemente fotogénico, guarda en figura y gesto la calidad intrínseca del mejor cómico de película. La seriedad del gesto de Luciano es una serena seriedad trágica, a lo Chaplín, y sus contorsiones y enguruñamientos de cuerpo superan le estampa inimitable del popular cómico mejicano.

Ahora que se ha rodado "Tirma" en nuestra isla, es la ocasión de que Luciano, bajo la mirada inteligente de un director sagaz, quede incorporado al elenco nacional de artistas del celuloide.

CAPITULO VIII

LOS CAMBULLONEROS

Los cambulloneros no son, al fin y al cabo, más que eso: cambulloneros. Pero los cambulloneros constituyen lo más típico del Puerto de La Luz.

Hoy que el turismo y el folklore culminan, yo reclamo una estimación adecuada, justa, para los cambulloneros; que valorizar lo propio frente a lo ajeno es innato al hombre, a la vida humana, y los cambulloneros son substancia, meollo del Puerto. Hasta una canción que los canta figura ya en el repertorio de la música popular canaria, y eso es por algo.

Lo decía muy bien hace poco un amigo, porteño él y hombre de pensamiento firme y sano: "El Puerto sin sus cambulloneros pierde expresión, arte, vida; no sería el Puerto. Porque no solamente es cambullonero el que compra y vende a bordo de los barcos; lo es to-

do el que dedicado a eso de la compraventa de artículos extranjeros tanto ejercita el oficio aquí como allí. ¿Qué más da que vaya uno a comprar mantequilla a un barco o que vaya a la Plaza o la tienda de la esquina? Y hoy, ¿quién no le compra a usted y le vende todo lo que se le ponga a mano, venga de donde viniere? Existió la época del garbanzo. Los que antes compraban y vendían garbanzos y hacían del garbanzo sustento y porvenir, ya no compran y venden garbanzos, ni judías, ni papas: se han hecho cambulloneros. Guiados por el instinto y por eso otro de adaptación al medio, a las circunstancias, ellos venden cigarrillos rubios, penicilina, medias nylon, camisas nylon, trajes nylon, sombreros nylon y todo, todo lo que les huelga a mercancía lejana, extraña, rara o complicada. . . ¡Hágalos usted ahora retroceder a la época del garbanzo!“ . . .

Es verdad. Lo primero que salta a la vista del Puerto de La Luz son sus barcos, el ajeteo de los muelles, el barullo comercial por todos sitios; desde el Parque a la playa, de la playa al parque; desde el tendero que a la puerta de su tienda ofrece al turista lo mas inverosímil hasta el vendedor ambulante que aborda al negro -y sin ser negro- “pluma en mano“; como al pregonero andaluz de “¡almendritas, saladitas!“, y que en cuanto vislumbra al “chone“ a él se lanza mechero en ristre, reloj en ristre, pulsera en ristre. . .

Un conejero legítimo me hablaba un día allá, en Lanzarote: “Maravilloso. . . maravilloso ese Puerto de La Luz. Gran mercado internacional. Se queda uno como bobo, asombrado. Allí todos, pobres y ricos, bonitos y feos, se dedican a lo mismo, viven de lo mismo. Todos se benefician de los muelles; todos alcanzan lo suyo de los barcos; todos le sacan al turista, a los turistas. Maravilloso. . . maravilloso“. Todos, menos los cambulloneros de verdad, los relingados a la explanada.

Convencidos -convencido el cronista en su estimación-, de que el Puerto de La Luz ha llegado a culminar íntegramente en lo que bajo esa palabra imprecisa de “cambullonero“ se esconde; ciertos de que en su sentido primordial toda la población cae sin remedio bajo el dominio acérrimo del vocablo, no cabe ya más que manifestarse sorprendidos -hondamente sorprendidos- ante esa actitud que, de un determinado tiempo acá, se viene teniendo frente a los cambulloneros legítimos que aun subsisten: esos cambulloneros desplazados del muelle y a todas luces impedidos en el ejercicio normal de la profesión.

Aunque sólo sea por mantener una tradición, por “conservar vivos“ los ejemplares de una especie, débense tener en cuenta los cambulloneros de la explanada. Todo el Puerto practica -unos más, otros menos- el

cambullón. Dejen practicarlo en su forma de origen a todos los que, por herencia de sus padres unos, por incorporación posterior los otros, tienen más derecho que nadie: el derecho que da no contar con otro medio de vida y el derecho sagrado de la herencia, la tradición y la costumbre.

CAPITULO IX

MAYOLAS, EL NAVEGANTE

Yo me acuerdo allá en la niñez de mi pueblo cuando, bahía adelante, se aparejó el extraño artefacto con su palo y su vela junto al “muelle de las cebollas”. Hacia el muelle corrimos nosotros llamados por las carreras de otros chiquillos que gritaban: “¡ Uu navegante! ¡Apareció un navegante solitario!”. Por la escalinata estrecha de olores marcados donde Ramón tiraba siempre el balde apareció, en efecto, una figura que parecía humana. Era el navegante solitario.

En la mente de ningún niño podrá borrarse el recuerdo. Aquel navegante era para nosotros todo un mundo soñado. Nosotros veíamos en él la abstracta historia de una vida narrada en calenturas de mercurio. Allí, en aquel ser extraño de barbas, peludo y sucio-enormemente peludo y enormemente sucio- flaco, con

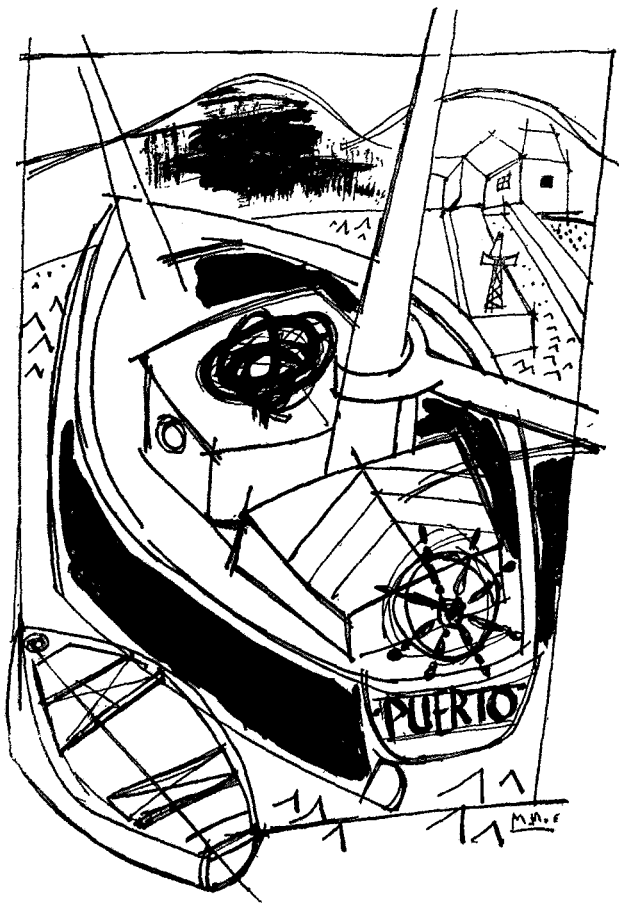
pupilas brilladoras de humanidad lastimada, rota, estaba aprisionada como en un vaso toda la mar de los océanos. Toda la mar, con sus soledades, sus misterios, sus dolores.

Aquello, aquella figura -el navegante solitario- empezó a caminar y no llegó al Kiosco. Cayó a los pocos pasos vencido, maltrecho. Si hubiese llegado al Kiosco señor Juan lo hubiera consolado con el legendario café de garbanzos calentito y negro.

Eso fue hace unos veinte -¿y por qué no cuarenta o cincuenta?- años. Eramos tan niños y fué tal la impresión en el alma tierna, que todos los chiquillos echamos a correr. No queríamos ver más al navegante solitario después que el navegante solitario anduvo como una gaviota y, como pobre gaviota herida, rodó por tierra. Porque los niños, cuando les roza el alma el misterio, no saben llorar.

Eso fué hace unos veinte -sí- hace unos veinte años.

Pero hace unos días, alguien, con un hálito de incertidumbre en sus palabras, me dijo: “¿Has visto tú, acaso, a Mayolas?”. “No -dije yo-, no se quién es Mayolas“. Y al enterarme entonces que Mayolas era nada menos que un navegante solitario, me fuí a ver a Mayolas.



He visto a Mayolas en un Bar chiquitito del Puerto. En el Puerto hay muchos Bares chiquititos. En la barra, sentado tan campante, estaba Mayolas.

Hay que ver la de navegantes solitarios que de unos años acá y antes de Bombard han recalado por nuestro Puerto. Yo, al único que he visto, ha sido a Mayolas.

Yo pude hablar con Mayolas. Pero no quise; ni quiero. Lo que me va a decir Mayolas ya lo han dicho los periódicos.

Mas. . . , a distancia, he hablado con Mayolas. En aquel silencio lejano, apartado, yo quise decirle, más o menos: “Tu nombre suena, Mayolas, a griego, y eres ibérico. Tu sabes que Ulises fue héroe del mar con su Odisea y fué un hombre al que sólo reconoció su perro. Debes tener, bravo Mayolas, en cuenta que esa mar es una mar muy grande y tú en tu cáscara no vas a lucir. Ser fakir de un fakirismo empírico de filos y vitrinas no es lo mismo que practicar ese pretendido fakirismo inconsútil del océano. Serás lapa, Mayolas; serás “claca” o “clico“. Yo te lo digo. Mira que nadie, hasta ahora, ha pensado en la momia de un molusco“.

Aquel mismo día el intrépido, el exaltado Mayolas, puso amarras a su exaltación. ¿Existirá, en efecto, eso de la telepatía?

Mayolas, pues, desistió del artefacto traído con su dentadura y recabó ayuda para un nuevo artefacto.

Y ustedes saben lo sucedido después: Que Mayolas en posesión de su canario “Asturias“ fija la fecha de salida y que no sale, que se arrepiente y emprende la construcción de otro “Asturias“, también canario.

Así, señores, está la cosa. Hasta su terminación quince días dicen los diarios-, Mayolas, el intrépido hombre Mayolas, vive. Y vive acá, entre nosotros. ¿Quién no conoce, quién no ha visto a Mayolas? . . .

Yo lo he vuelto a ver. Lo he vuelto a ver y, a distancia, he vuelto a hablarle. Así: “Mayolas., será ahora, sin duda, más grande tu concha. Cuatro metros y noventa centímetros son cuatro metros y noventa centímetros, ni más ni menos. Tenlo en cuenta. Mira que esta vez va de veras. Esta vez es la tercera vez y la tercera vez siempre es la tercera vez. Mayolas. . . . ¡Ten mucho cuidado, Fernando Mayolas!

CAPITULO X

LA BAHIA

Aguas mansas, quietas, verdinosas y oliertes entre playa y varaderos, castillo y muelles. Barquitos pequeños, de pesca y a la vela. El "Correillo". Caladeros por parejas. Moles acosadas al largo dique, con ruidos de dragón. Falúas raudas que se cruzan, que rizan las aguas. Arrogante, majestuoso siempre y siempre presto, "Fortunate" arrastra el pesado casco lentamente. Una "Chata". Gabarras abarloadas. A la jira, vencidos, amarran sus sombras sobre la mar si puentes uno, dos, tres colosos del océano, que esperan, o toman carbón. Esta es la estampa cotidiana que proyecta la Bahía a cualquier hora, a cada instante del día y de la noche.

La estampa es magnífica. Tonos cambiantes de la sirena aguda elevan el grito de la acción y la brisa, el chapoteo del agua aprisionada, bordón que acompaña,

eternamente. Es magnífica la estampa. Un olor oceánico, un olor a rutas y mareos, penetra la atmósfera, aliento de la mar adormecida. Y el cielo, amplio, claro, abierto, es el cielo perenne de la Bahía, pleno de luz, transparente de horizontes y neblinas: espejo fiel y testigo de la ancestral zozobra marinera y porteña.

Pero a esta imagen, más o menos poética, de la Bahía, se contraponen una visión heroica, el argumento descriptivo de su trama. Siempre me ha parecido que lo íntimo, lo humano y personal, debe anteponerse al arte. La belleza, si no va acompañada por los latidos de un corazón capaz de sentir odio profundo, o amor, para mí no es belleza. La suprema fruición, ante la que se quedan cortas todas las formas posibles de la emoción estética, es eso que se siente en la íntima contemplación de una mujer hermosa. Ya pueden los pintores, los músicos y los poetas esforzarse; la mujer, pésele a quien le pese, será siempre la mujer: supremo arte. Y no me refiero a la mujer como inspiración o motivo de la ejecución artística, no, sino a la hembra palpitante y viva, en carne y hueso, sangre y alma.

La Bahía, por sus contornos ondulados y sus múltiples colores, por la expresión apacible y estática de sus aguas, tibias, mansas, recogidas, tiene alientos y latencias femeninas. Por su inquietud comercial y tráfigo marinos, en ella resplandece el fuerte nervio viril de la recia psicología porteña.

Si la Bahía hablara, si ella contara sus secretos, sus cuitas en la noche, su vieja historia de peligros y misterios, no necesitaría el Puerto de La Luz del autor que reclama su novela. La novela del Puerto de La Luz, cuando se escriba, será traducida a todos los idiomas del mundo. Será una novela realista, humana, trágica, como la vida misma.

Escenario de una trama consabida -no imaginada- la Bahía, que conoció épocas venturosas y apuró jornadas amargas y dolientes, cuando le llegue el día hablará -ténganlo por seguro- de cosas muertas, de hechos olvidados, de odios y pasiones, de iniquidades, atentados y atropellos. . . , de mil viles raterías.

Esta Bahía del Puerto de La Luz es, hoy, como una vieja sabihonda que guarda prudente sus secretos. Ella ha visto a pobres desgraciados lanzarse temblando a su fondo, buscando el sustento; ha visto ahogados de miseria flotar; a hombres que se roban; a capitanes enloquecidos del dinero; a tripulaciones que odian; a fortunas amasarse frente a toda circunstancia y a capitales hundirse para siempre. De todo sabe esta Bahía, vieja sabihonda y experta. Hubo quien, ya anciano y en "crol" magnífico, nadó una noche hasta el Castillo, y lo hizo bien. Otros han nadado más lejos, hacia metas donde no hay castillos ni vigiladas fortalezas, y nada se sabe. La Bahía es reservada. Unos se han ido a pique

y otros, como la espuma, han flotado. Bien lo sabe aquel capitán extranjero que quiso matarse -o quiso matar- al ver su barco limpio en las bodegas y sus bolsillos vacíos. Fué muy confiado este capitán. . .

Sí; las aguas mansas, quietas, verdinosas, de la Bahía, son bellas. Bellas las fortunas en ellas conquistadas. Pero terriblemente repugnantes, nauseabundas, las acciones de los hombres. Llenos de vergüenza e ignominia los delitos cometidos. . .

CAPITULO XI

MAESTRO JUAN "EL DEL CALAFATE"

Individuos como maestro Juan "el del Calafate" hay pocos. En Arrecife yo me acuerdo de maestro Alejandrino, el del "Tercio". Maestro Alejandrino, con su unamunesca estampa y su barba, se parece mucho a maestro Juan el del Calafate.

Maestro Juan el del Calafate trabaja en un varadero, y es allí maestro en el arte de manejar la garlopa, el barniz y la amplia línea marinera de quillas, mangas y esloras. Varadero cerrado, de tierra adentro; varadero sin playa ni horizontes, yo me imagino aquel "Tercio" de la niñez con su ventanal erguido y su mona saltarina.

Pero, muy por encima de todas las virtudes del oficio, se encarama la imaginación y el bien decir. Maestro Alejandrino fué certero siempre, y sus motes hicieron época en aquel Arrecife locuaz de humor y fra-

ses pintorescas. Se me viene a las mientes en estos momentos “hurón destetado“ y “carita de belladona“, como representativos de la apretada cadena de apodos salidos del “Tercio“ por su ventana alta y regados por el pueblo como polvo de la calle bajo la brisa norteña. Maestro Juan el del Calafate -estoy seguro- no es menos en ese arte del decir certero. El ejercita el procedimiento puro, la aplicación exacta del verbo y la palabra según las normas clásicas de llamar a las cosas por lo que en sí son, por lo que representan. El dice que Pepe no debe llamarse Pepe, ni Manuel, Manuel; debe llamárseles por la figura y la cara que tienen, por lo que se ve en ellos y por otras cosas “de adentro“, que todos no ven.

Los sábados, como todos los días, maestro Juan el del Calafate va al varadero. Pero este día -el sábado- maestro Juan no trabaja; bebe.

A la caza de realidades por este Puerto inquieto y expectante -expectante de todo: vida, mundo, cine, fútbol- sin pensarlo, he aquí que de repente mis pasos pisan la estancia de un varadero. Era el varadero de maestro Juan el del Calafate; y era sábado.

Con su cachimba y su euforia, el viejo remendador de tritones se explayó conmigo. Sin más ni más empezó:

-“Yo tengo un chiquillo que es un cabezudo, ¿sa-

be?, y un comelón. Yo no sé dónde mete el demonio muchacho tanto entullo, flaquito, sin buche ninguno y endilgao como es. Pos bien; un día, después de almorzar, me lo encuentro pegao a un pencón de tuneras de esas que llaman indias. Estaban empezando a coloriar los tunos y el chico, según me dijo, se iba allí de postre todos los días; y el postre eran sesenta y hasta noventa tunos, a veces. Yo, naturalmente, le dije que tuviera mucho cuidao porque. . . usted sabe. Pero nada, el muchacho a los veinte días por ahí de empezar con las jarturas, estaba listo. No sé cuántos hacía ya que “ni pun”, según lo hice confesar. Y no me preocupé mucho al principio; pensé: “este el día menos pensado se destranca solo”. Me equivoqué. El chiquillo empezó a orejear, a ponerse amarillo y a encogerse y no querer levantarse de la cama. Peor cada vez, se engruñaba, se engrifaba y, por último, quejidos van y quejidos vienen que le partían el alma a cualquiera. Fué cuando pensé que no había remedio, que se me moría el chico. Dieciocho días con sus noches llevaba el angelito sin poder hacer nada, y tenía que morirse. Pensando que el chiquito se me iba sin remedio, me boté fuera de la casa al amanecer de la noche diecinueve. No podía soportar sus gritos y sus quejas. Era espantoso. No podía hacer nada. Los médicos no pudieron y yo podía menos. Así, pensando y pensando en lo imposible, llegué a la Plaza. Y sentado en una esquina, como desahuciado, como

un desventurado cualquiera, quise llorar. . . Estuve llorando por lo menos hora y media; estaba seguro que cuando volviera a mi casa tendría que ir por el cajoncito blanco y el cura. Mas. . ., de repente, como un zarpa-zo sentí que algo me subía por la sangre, hasta la cabeza; algo extraño, hondo, pero evidente. No era posible que yo, su padre, dejara morir al pobrecito sin hacer nada; tenía que hacer algo. Y empujado por una fuerza fuera de mí, salí corriendo. Cuando llegué a mi casa ya el chiquito ni abría los ojos; no hacía sino retorcerse, contorsionarse y llorar lento y triste. Como un loco, sin decir nada a nadie me lo eché al cogote y traspuse por la cuesta. Y llegué, sudado, resoplante, a la playa del Confital, esa playa que usted sabe tan conocida por piraterías y otras cosas. Pos bien; allí, frente al mar, frente al horizonte azul y bajo el cielo azul, desesperado tiré al chico contra la tierra. Y. . ., me quité la correa y empecé al correazo limpio y a dar gritos terribles. Sangrando por todos sitios y cárdenas sus carnititas, volví a cogerlo y volví a tirarlo varias veces, fuerte, violento. El desgraciadito inocente se retorció. . . se retorció y sus gritos y su llanto y sus ojitos desesperados me miraban, llenos de miedo, ciegos de terror. Entonces lo dejé y, llorando a lágrima viva, llegué a mi casa. Créalo: antes de una hora estaba el chiquillo tocándome a la puerta. Venía embarrado de arriba a bajo, maloliente, babeante. Estaba curado“.

Aquí maestro Juan se echó otro trago y, sin decir más, se despidió con estas palabras:

- “Piense usted ahora lo que quiera a ver si no vale más un momento de inspiración que toda la ciencia humana junta“.

Yo... he pensado que el miedo pudo más que todo. Y pensé también en el misterio de la vida que se aferra a la vida al presentir la muerte. Las células, los tejidos, los órganos, tienen que recibir el choque brusco, el desgarramiento brutal para sentirse morir, y entonces se agarran a la vida, luchan por la vida.

Como me dijo maestro Juan, piensen ustedes ahora, señores, lo que quieran.

CAPITULO XII

GUANARTEME

Arenas solitarias, movedizas; arenas blancas, rubias, con reminiscencias africanas y fallidos deseos de playa y monte, esas arenas que enmarcan el populoso barrio industrial. Ni playa, con sus bañistas, ni verde monte. Más que barrio, prolongación, proyección del apretado casco porteño.

No tiene historia. Una casa humilde, y otra luego y otra; hasta que empezaron las fábricas a empinar sus chimeneas, las Factorías a aventar sus nauseabundos olores y la Cícer a ennegrecer las albas arenas que quisieron ser playa. Cuando la proyectada Avenida Marítima alcance el término marcado remontando Italcable, Guanarteme al fin quedará incorporado a la categoría estival que ostenta Las Canteras; pero sus contornos marinos habrán de ser previamente remozados, higiénica-



mente removidos. Esto todos lo saben. Y eso se verá, dentro de años.

Guanarteme, simplemente, es un barrio de trabajadores, de obreros, de pobres. No tiene de que jactarse. Fué declarado zona industrial y allí se admite toda clase de ruidos y olores. Casas, muchas casas terreras con cabra y gallinero en lo alto, calles polvorientas y muchas Fábricas, una Iglesia, un Cine y un Cementerio. Eso es Guanarteme, sin un árbol; un pueblo que no tiene tradición y sí múltiples bares y tiendas a porfía. Tiene, también, un barranco sucio y seco, con su puente, sus basuras y sus perros vagabundos aullando en las orillas.

Guanarteme, que es hoy lo que es y nada más, tuvo al futuro apuñado en su mano. La aviación tardó y la gran estación aérea de la isla, que debió nacer junto al mar y junto a la ciudad, fué desplazada hacia el sur, a muchos kilómetros. Porque el primer avión que tomó tierra insular lo hizo en Guanarteme. Allí, y como queriendo eternizar la memoria, fué pronunciada la palabra magnífica que yo no sé, no me lo explico, no ha sido incorporada al léxico militar en su más genuina expresión de mando. Fué Gabino, cabo veterano en funciones de guardia municipal, quien lanzó a los cuatro vientos el magnífico vocablo. El avión -parece- se acercaba bajo, muy bajo y ya el público iba a dispersarse

sintiendo el temor, cuando Gabino, adelantándose a los grupos, impuso el orden y la tranquilidad con su tajante: ¡Atórrense! Como obedeciendo a una orden suprema, autoridades y público quedaron al instante cuerpo a tierra, y allí no pasó nada. Yo no sé, no me lo explico, cómo esta vieja y arcaica expresión militar, de por sí defectuosa, no ha sido substituída por el tajante y magnífico "atórrense" de Gabino, cabo veterano en funciones de guardia municipal que debió ser, sin demora, ascendido por lo menos a sargento y que murió, ya anciano, de simple guardia.

La barriada de Guanarteme tiene una peculiar fisonomía. No es como otros barrios, también pobres, donde lo vulgar por lo bajo impera. Guanarteme, que no tiene historia ni pasado, tiene su orgullo. Con sus calles sin asfalto, su barranco yerto y sus fuentes sin agua, resiste al tiempo y espera, porque sabe de su importancia económica. Ya el solar, que hasta hace unos años se regalaba casi, cotiza cifras parejas a céntricos sectores de la ciudad.

Guanarteme es más bien rústico que marinero. Algún pescador de caña y algún vendedor de pescado son sus aficiones a la mar. En cambio cabreros, tratantes en bestias y negociantes en cereales y otros productos agrícolas, sobresalen en la mixta etnología del barrio. Familias enteras, emigradas de Lanzarote y Fuerteven-

tura, en los diversos tiempos fueron cimentando la actual fisonomía. Por eso Guanarteme guarda en su inquietud ciudadana y comercial el aliento sencillo del alma campesina. Allí el timble suena con el runruneo elemental del viento montañero, y la guitarra, nostálgica de eras y vendimias, evoca en los portales los apacibles días de sol y las noches estrelladas del campo abierto. Una folía en Guanarteme suena a campiña, a montaña, a volcán, a cielo y tierra fecunda. La folía que canta el roncote es distinta completamente.

Residuos de un hacer campesino, el oficio de carrero. En Guanarteme hay mucho carro, y por eso mucho burro. Rodando por la ciudad, en medio del motorizado devaneo, el carro de Guanarteme es yunta que ara, o al menos así debe parecerle al carrero, nieto de aquel rudo labrador emigrado que labró la tierra en Lanzarote y Fuerteventura y que, seguramente, nunca tuvo burro, ni vacas ni camello.

En Guanarteme también hay camellos. Los camellos vienen en el "Correíllo", de África, saltan por Santa Catalina y van a parar a Guanarteme. De aquí los camellos son llevados por tratantes expertos a las islas menores, de donde muchos, ya viejos y quizás enfermos, hacen su último viaje: el de la batata. Y aquí estos viejos dromedarios vencidos, se quedan, tratados unos, vendidos otros, siempre con ventaja.

Pero a más de todas estas cosas (barranco, fábricas, carros, tratantes, burros, camellos. . .) para explicar bien a Guanarteme hay que sacarle la baraja. Guanarteme -lo ha sido siempre- es un barrio barajero. Gitanos y gitanas, que no se sabe de dónde vienen, en Guanarteme dan con sus huesos, y allí echan la baraja. También, la baraja, la tallan otros que no son gitanos. El clásico envite, el subastado y la sanga -y otros juegos- hicieron del pobre Cristóbal un hombre infeliz. Pero Cristóbal, que fué rico varias veces, decía de Guanarteme que era estupendo, único sitio en Canarias donde se jugaba con ley, a “la suerte y verdad“, sin trampas, sin chanchullos. Mas. . . que el pobre Cristóbal dijo esto ya va para veinte años. Y el pobre Cristóbal murió escurrido.

¿Hay algo más, acaso, que se pueda decir de Guanarteme? . . . Lo pongo en duda. Porque eso de que en la Barriada por un “quítame allá esas pajas“ le cuelan a uno toda la pala de un cuchillo por la barriga, son cuentos. Esa costumbre se ha quitado. Yo puedo decir que me he paseado por Guanarteme a cualquier hora de la noche y no he visto un cuchillo; sí un pueblo que duerme a pierna suelta y cuyo músculo exhausto descansa confiado en la fuerza única del viejo sereno; y éste, también, como conoce a su gente, cuando le llegan las ganas se encapota y. . ., naturalmente, descabeza un sueño.

Ojalá fueran todos los barrios, de noche y de día, como este barrio porteño, que pudo ser espléndido aerodromo y es lo que es: el barrio más importante, más sano, más laborioso y más tranquilo de la urbe.

CAPITULO XIII

MAESTRO PEPE

Ir al Museo Canario y ver las momias que allí hay es lo mismo que ver a maestro Pepe: es creer definitivamente en la estatura guanche.

Maestro Pepe es enorme. La osamenta de maestro Pepe rebasa todo límite; avanza hacia una dimensión insospechada. La "cuarta" de Einstein se queda chiquitita.

Yo pienso en el esqueleto de maestro Pepe y me quedo asombrado. El día que maestro Pepe muera el sepulturero tendrá que trabajar doble.

Mas, maestro Pepe tiene una proyección artística fantástica; abarca todas las artes.

Desde niños la figura empinada de maestro Pepe desbordó la emoción interpretando aquellas películas

mudas del Frankenstein pavoroso. Maestro Pepe, en “el cine”, es Boris Karloff, no Lon Chaney.

Cervantes que lo escribió -el Quijote- y los pintores que pintaron al caballero andante, intuyeron a maestro Pepe a través del tiempo y los colores. Maestro Pepe, ejemplar esquelético de una raza abolida, siempre anda, y es caballero.

Domenico Theotocópuli pintó a maestro Pepe. Los rasgos, el semblante, la figura toda de maestro Pepe vive en los lienzos del Greco. Líneas rígidas de maestro Pepe en pelo -sin cachucha alba- predominan en el “entierro del conde de Orgaz”. Y en “el hombre con la mano al pecho”, maestro Pepe invierte la estampa. Maestro Pepe es hombre siempre con el pecho en la mano. Porque maestro Pepe -ello es sabido de grandes y chicos- vende loterías y fía y no le pagan, y siempre fía.

Por el Parque de Santa Catalina viene maestro Pepe. Cachucha, gafas, palo y billetes -de lotería- indumentaria afín. Maestro Pepe camina y su caminar es balanceo, un remolcarse de nave arcaica, un avanzar de dromedario, un otear el hoyo de burro majorero, un morir y no morir de sus enormes pies planos, callosos y sudados. Maestro Pepe simboliza el movimiento continuo a saltos.

-Y bien, maestro Pepe, ¿cómo anda el negocio?

-¿El negocio? Este me parece que anda como yo, sin poder andar.

-¿No le importaría a usted, maestro Pepe, decirme algo de su vida? Yo quisiera contarle a mucha gente lo grande que es usted. . .

-Efectivamente soy grande, muy grande, de una estatura "inmensurable". Pero. . . fallo por la base. Mis pies no son pies; son callos enormes y callos más pequeños, todos juntos, amontonados y metidos en un 48 que me es estrecho.

-Eso debe ser terrible. . .

-¡Que va! Esto es una lucha, una agonía; vida.

-Bueno, pues empiece la vida.

-Empiezo. Tenía yo 16 años y tenía una dimensión vital que mi cuerpo, ya en pleno desarrollo de altura, se resentía de la inacción forzada. Era para mí, lo sentía yo, raquíptico el ambiente. Me ahogaba aquí, me encontraba como amarrado, encarcelado. Y un día me quité de cueros y me zambullí de polizón a bordo del "Cádiz" (Pinillos). Esto fué en 1910, y en 1910, Noviembre, me recibió la bella ciudad del Plata con todos los honores que toda ciudad americana recibe a los expatriados del mundo, a los aventureros del mundo. . . Pasé lo mío en Buenos Aires, créalo; era yo un chiquillo y claro, sufría. Tres años oyendo tangos y comiendo

carne pampera, me dije: "Pepe, esto ya cansa, busca otro sitio". A los pocos días maestro Pepe se paseaba por las calles llenas de árboles de Montevideo. Y en diez años de vida intensa, de vida verdadera, empezóme la fortuna a sonreír. Vivía yo como un maharajá. Ya no trabajaba. Había pasado de productor a empresario. Una de las mejores barberías de la capital uruguaya era mía. Mas. . . la riqueza trae el ocio, y el ocio, el vicio. Me envicé al juego, a las apuestas. Del Hipódromo a mi casa, de mi casa a la barbería a buscar cuartos, y de la barbería al Hipódromo; esa era mi vida. Hasta que un día. . . me jugué la barbería y la perdí. Quedé escurrido, limpio. Aquella potra, aquella "Parisina", debutante, me engañó; en la caída arrastró aparatosamente al hockey a la muerte, y a maestro Pepe a la ruina. Fué eso en el año 23, y en el mismo año, con los bolsillos vacíos, como salí de Las Palmas, llegué a Las Palmas. De simple oficial de barbero bregué entonces durante cinco años en la antigua barbería del Muelle. Después, pasé a "La Unica" cuando se inauguró, en el 28, y en el mismo 28, me fui a "La Violeta", donde manejé la navaja y la tijera y la brocha sin descanso veinte años justos, o sea, hasta el 48. Después. . . ya usted sabe: ambulante, buscándome la vida por las calles.

-Muy bien, maestro Pepe. Ahora que. . . ¿nada más que eso su vida?

-¡Hombre! . . ., no le voy a decir a usted cosas íntimas, calladas, escondidas. Estas irán conmigo a la tumba.

-Lo mejor que hace. Pero. . . a mí me parece que me han dicho algo, maestro Pepe, algo. . . como que usted juega, que le gusta el juego.

-¡Mentiras! El que le ha dicho a usted que yo juego a la baraja es un mentiroso.

-No me he referido precisamente a ese juego.

-Bueno; pues entonces diga usted que yo, en Montevideo, jugué con Scarone, por aquel entonces interior izquierda del Nacional Uruguayo; pero no jugué al fútbol, sino a la baraja. . .

CAPITULO XIV

EL MUELLE GRANDE

Marsella, Hanburgo, Lisboa, Génova, puertos con tradición y leyenda, el Puerto de La Luz recoge en su Muelle Grande la vieja estampa repetida de películas y acciones marineras. El Muelle Grande concentra el dibujo, la fuerte línea exótica y cosmopolita que pergeña la ciudad. Aunque el Puerto de La Luz, y también Las Palmas, reviven diariamente la trama internacional que le traen sus barcos, es ese reducido sector porteño donde se estereotipa la imagen con todo el colorido y esplendor de las clásicas comedias, teatrales y humanas.

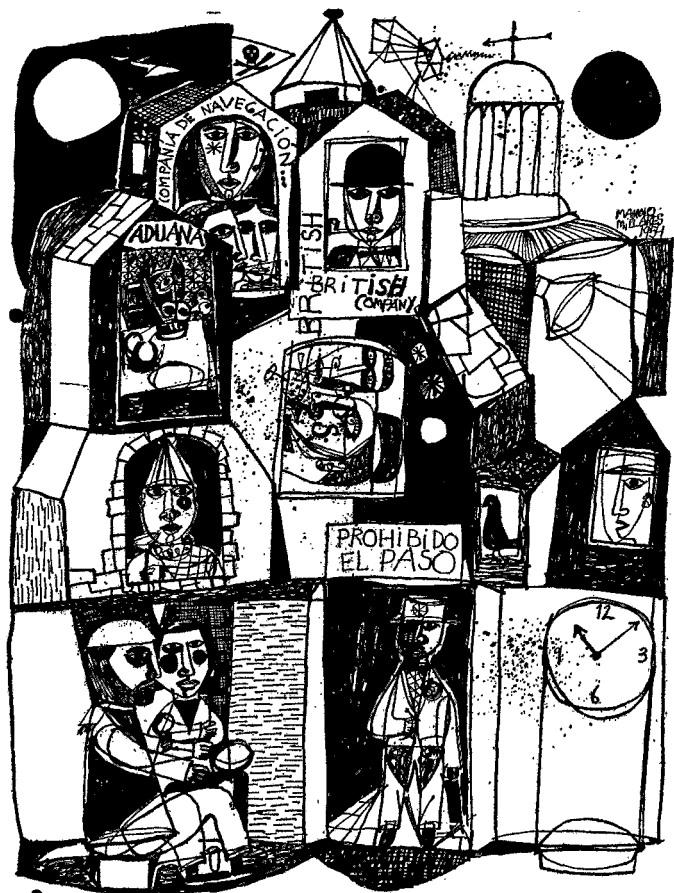
El escenario es muy pobre, modesto en el decorado y humilde en los recursos artificiales de bambalinas, luces y tramoya. Simplemente: una plazoleta, pequeña, con sus arbolitos; una parada de taxis y una estación de guaguas; esquinas, tascas y bares; un bode-

gón y un cabaret. Esto, y nada más, es ese rincón avanzado del Puerto de La Luz, centinela firme y termómetro que pulsa la vida que se adentra por los muelles.

Los bares son lo mas típico. Con sus barras, taburetes, bullas de gramolas y letreros luminosos con nombres extranjeros, ellos reclaman al cliente propicio de la lira, el franco, el dólar y el chelín. Y todos se llenan; en todos hay ajetreo y confusión de idiomas, expresiones babélicas que abarcan la raíz madre de las lenguas más sonoras y diversas.

En estos bares, los marinos beben y cantan, el "dandy" toma cerveza y el "chone", junto a la hetaira y junto al golfo que le sirve de intérprete, cuenta una historia olvidada, fuma cigarrillos olorosos y toca la armónica con inspiración honda, nostálgica y borracha. Estos son los bares donde Joao Cabreiro, aquel marinero portugués, ejecutaba sus canciones llenas de sal y de brisas. Hasta que se lo llevaron a la Cárcel y de allí al Manicomio y por último al Cementerio, Joao Cabreiro simbolizó como nadie, en nuestro Puerto, su alma oceánica, su hondo latir marinero.

El flemático inglés rubio, con cara de melón; el serio y rígido alemán; el yanky dinámico; el elegante francés y el apasionado, meloso y gesticulante hijo de romanos, allí todos participan del espectáculo. Los barcos -se sabe- enfilan sus proas a lo largo del dique y



van, al tiempo que se empachan de aceite, vomitando con ritmo la carga humana, que engulle la ciudad. Con esta carga, los coches del turismo cumplen su misión y los comercios hacen el negocio; pero lo más genuino, lo más abigarrado y típico, lo recoge el Muelle Grande. Sobre todo, si la hora es en la noche.

En la noche el espectáculo eleva el argumento. Es cuando los bares, abarrotados, recrudescen sus motivos; cuando “la pareja“ habrá de ser pareja fiel, guardiana constante experta y segura; cuando el cabaret lanza a la calle sus metálicas estridencias y el bodegón, rezumante de humos y rumores, emana como un lagar aromas de vendimia, fermentos vivos del orujo y la “aguapata“. Es cuando el “gentleman“, colorado del “whisky“, pide un coche y veloz desaparece; cuando el chulo y su amiga se reparten la ganancia; cuando el “chone“, limpio -casi descalzo y en camisa- mece su borrachera buscando a vaivenes la explanada; cuando el jovencito de mirar vago y neutro se despide del “mister“ hasta otro viaje, y éste lo gratifica y lo mira de reojo, raramente. . . Esta, es la hora decisiva; cuando sueñan las dos, las tres de la madrugada y “la pareja“ ordena el cierre; cuando el cabaret empuja fuera su última danza y el bodegón, soñoliento, enmudece también, como el aire, las esquinas, el ambiente. . .

CAPITULO XV

" G I L D A "

Figura popular del Puerto y, sin duda, también de Las Palmas; que ella practica un existencialismo integral y el existencialismo, en París como aquí, no reconoce fronteras.

Se la ve en el Puerto. Está en el Puerto y, al rato, se la ve en Las Palmas. Al momento, otra vez en el Puerto.

Porque ella viaja mucho, siempre en guagua; siempre con su sonrisa de niña, su falda policroma y su blusa de mil tamaños y su cestita de palma. La Patronal, esa muy noble y muy digna rectora del transporte urbano, debería -para su conveniencia- instituir "un premio al viajero", y entonces Gilda, tan inquieta, tan andariega y dinámica, sería "premio seguro".

Gilda es la ciudadana más popular del territorio.

Sin discusión. No sé si su “tocaya” de Hollywood lo será más en América que ella en el Puerto. Eso habría que verlo. Yo propongo a los aficionados a estas cuestiones, que siempre los hay, la correspondiente encuesta. Sería algo interesante.

Gilda -la nuestra- es una niña. Cuando la visten de niña ella es un “bebé”. Con su larga falda hasta el suelo y sus difíciles refajos de dama antigua y sus tacones a lo “pompadour” y sus rojos colores y su sombrero. . . sigue siendo niña. Ella es la “menina” que señoras alegres que no son reinas por sus aficiones teatrales miman. Estas señoras, que son buenas señoras, le dan a Gilda muchas cosas; y así Gilda vive.

Pero, aunque ella ni baila ni toca el piano ni canta, también, ella, es artista. Sin Alí, sin millones, sin sutil cuerpo ondulado de sirena y sin tanto escándalo de bodas y divorcios, Gilda la nuestra se lleva “el gato al agua”. En el terreno estrictamente femenino de la gracia y la simpatía, si no por “kao”, se la gana “a los puntos”. La americana es más bella, no hay duda, más fatal y más hermosa. Pero si la una es “astro” que en la pantalla brilla, lo otra -la nuestra- de seguro que habrá de ser “estrella” que ilumina el firmamento. La de aquí, al lado de la de allá, es un angelito.

Gilda es un cromo. La mejor colección de aquellas estampas de antes que regalaban las fábricas de

cigarrillos y caramelos, la guarda Gilda. Gilda es artista verdadera, artista de la vida. Su especialidad es el color. Gilda es un estuche completo de lápices de colores.

Gilda la nuestra, -en adelante sólo nos referiremos a la nuestra-, por su boca, es única. Ella no envidia a Monna Lisa. La sonrisa de Gilda es una sonrisa que, como la que inmortalizó el genio italiano, es eterna. Gilda siempre sonríe, constantemente, eternamente; y a veces ríe.

Brindo la idea a los pintores canarios. Aquí, en Las Palmas, que tantos pintores hay, es un desconsuelo que ninguno se haya fijado en Gilda. El pintor canario que logre llevar al lienzo, fielmente, la eterna sonrisa de Gilda, sin ser un Leonardo (de Vinci, Leonardo "Turnera" es otro) será, seguro, eterno en la Historia. Yo soy optimista y yo espero que sin tardanza surja ese Leonardo. . .

Seguir hablando de Gilda, hacer un estudio acabado de los múltiples aspectos, todos interesantes, que presenta Gilda, exige un volumen. Me conformaré con tocar aquello que nunca debe faltar en la cuestión donde es tema la mujer: el amor.

Muchos creen que Gilda está loca, y están todos equivocados. Porque es verdad que Gilda tuvo amores. Todavía -yo no se lo he preguntado, nunca me gustó meterme en estas cuestiones- todavía ella es mujer que

ama. Ella ama todavía porque en el verano yo la he visto en la playa en íntimo coloquio sentimental. Sobre la arena, tumbado y con el sombrero caído, estaba el hombre. A su vera, recostada, soñadora, mirando abstraída el mar, estaba Gilda. Gilda mecía los cabellos del hombre, amorosamente, y suspiraba. Yo no sé si el hombre estaba dormido o borracho. Sé que estaba allí, tirado, con el sombrero caído; y Gilda maternalmente acariciaba con su mano la despeinada testa enterregada. . .

Amor verdadero, supremo amor que no mira el bien ni el mal, que no sabe de intereses, que no conoce de conveniencias sociales y negocios, ese amor tuyo, Gilda, puro como el amor de las almas sencillas del Averno. Cuidalo. Cuando vayas por la calle y te digan loca, tú sonrío. Ellos son los cuerdos, los que no piden limosna, los que aman con amores bastardos, amores de música y baile, de tango y fiestas. Tú. . . , conserva tu amor, tu pobre amor, Gilda, y no hagas caso y sonrío, sonrío siempre, eternamente. Conserva por encima del mundo ese amor tuyo, sencillo y bueno, desamparado, de playa solitaria, y no hagas caso; no envidies la mentira social que te rodea, esa que te dice loca. . .

Como todas las almas limpias que supieron conservarse, ten confianza, mujer, que el día llegará de la recompensa. Yo confío en el Leonardo canario que inmortalice en el lienzo tu sonrisa, y entonces ya pue-

des morirte, de sufrimientos, de vejez o de miseria. Mil años pasarán, puede el tiempo correr y arrinconar la Historia, que la Gioconda no habrá de perecer. A su hora llegará el inglés romántico, Gilda, y se matará por ti, por tu sonrisa eterna de loca y de limosna. . .

CAPITULO XVI

LA PUNTILLA

Rincón, recodo, reducto porteño de austeros hombres de la liña, la nasa, el anzuelo y el ron. Balcón oceánico. Mirador de ahogados. Refugio playero de barquitos por oriente, consuelo de bañistas y, virando al norte, perfil rocoso donde la caña apunta y las olas refrenan sus embates. Balneario de roncotes. Morada de roncotes. Olimpo -no edén-, bajel, fortaleza, prisión, lazareto de roncotes. La Puntilla condensa, sin duda, la expresión más entrañable y fiel del alma marinera de la urbe.

Es tan reducida la imagen, tan raquífica y escueta, que la frase se acorta humilde y necesariamente. No obstante yo, contemplador modesto de las cosas, allí me he detenido queriendo forzar el verbo y la palabra. Unas cuantas calles, más bien dispares callejones travi-

sos, dan cima a la exhausta fisonomía urbana. Calles de casas ancianas, apretadas, amontonadas sin aceras ni asfaltos y piedras, alguna chalana vencida, quilla al sol, y breve esquife tumbado como un lagarto al socaire de una puerta. Chiquillos, muchos chiquillos y algún viejo con cachimba. Envolviéndolo todo, un olor inmenso a pescado trepida en el ambiente. Las Factorías son dueñas perennes de la atmósfera, y gracias a la brisa.

Pero si el aspecto este civil de la Puntilla es de una simplicidad absoluta, su elemental contorno marino simplifica aún más la desnuda estampa. La roca baja que parte de la arena da vuelta y al dar vuelta va elevándose en el mar. Una, dos, tres peñas aisladas, apartadas levemente de la roca. Caletones, beriles, morros pétreos resbaladizos y negros donde las olas saltan, retroceden y mueren. Nada más. El colorado cangrejo, la lapa y el “burgao” morarán en su fondo, como el pulpo y la morena, pero no se les ve, nadie los ve. Las sebas llegan con las olas y con las olas se van. Alguna seba, portando diminuto marisco en su pardo ramaje, logra alcanzar la tierra firme y allí se queda, quieta, como un cadáver que es, esperando la extinción definitiva bajo el sol, el viento, el pisotón terrible del encallecido pie descalzo del roncote. No sólo en la Puntilla, sino en todos sitios, el mismo destino inexorable aguarda a las pardas sebas.

Yo quise un día tocarle el alma a la Puntilla. Yo

quise pulsar el salado son marinero de la ciudad y me encaminé a la Puntilla, no a San Cristóbal, donde dicen que el roncote es más roncote que el ningún sitio, incluso más clásico, más típico que en Agaete. Yo me fui a la Puntilla porque me habían dicho que en la Puntilla existía un viejo pescador héroe de múltiples proezas marineras, autor de leyenda verdadera de la mar, a lo Ulises o a lo Shantí Andía. Cuando llegué a la Puntilla el viejo acababa de fallecer y lo tenían, entre cuatro mechones de candil, metido completamente en la caja. No olvidaré nunca la caja. No olvidaré nunca el espectáculo. Una habitación de madera (remedo de camarote de nave arcaica), un lecho, la caja y un centenar de personas rodeando la caja. Dentro de la caja, a más del viejo, la espina dorsal de un enorme pez, una cachimba, con tabaco, y una botella de ron; todo eso había. El centenar de individuos eran de parientes, en su mayoría jóvenes, nietos y biznietos del difunto. Todos lloraban.

Al viejo lo enterrarón con el esqueleto de pez, la cachimba y la botella. Lo había dicho poco antes del postrer suspiro. Fué su última voluntad.

En medio del cortejo, yo me sentí amigo del mar y había condolido a uno de los deudos.

-En la caja se lleva el tabaco y el ron -dice.

-Sí; siempre lo llevaba en sus viajes.

-¿Y la espina?

-La espina fué su circunstancia. Es una sin par espina, una espina de maroma; la misma que una noche de tormenta lo arrastró vencido hasta la playa. Otro día él pescó a la maroma, la reconoció, y ya no se separó más de ella, de su esqueleto. Todas las noches antes de acostarse lo acariciaba.

-Dicen que fué un marinero valiente y esforzado.

-Un auténtico lobo, un pez. Nadaba como una anguila. Fué náufrago múltiples veces y todas ganó la tierra firme. La última fué hace unos años, picando de los ochenta. Se le hundió la chalana a varios kilómetros de la costa y como las altas olas no lo dejaban avanzar. . . se quitó de cuantos y vino por el fondo, subiendo a flote cada media hora para coger resuello. . .

-Entonces sí que fué un pez.

-No hubo en toda la España otro igual.

-No lo hubo, sin duda.

-En más de una ocasión, y cuando estaba de gusto, salía de aquí, de la Puntilla, y nadando de espaldas y fumando le daba vuelta a la Isleta y recalaba por las Alcaravaneras, Muchas veces se fondeaba en la Bahía para ver entrar los vapores, y él parecía un vapor, siempre fumando.

-¿Y de qué murió?

-Murió de melancolía.

El entierro avanzaba por la calle de Albareda cuando dejé de seguirlo. Retrocedí y me volví a la Puntilla; quería tocarle el alma más de cerca a la Puntilla, más realmente.

Las casas, los callejones, las rocas, los beriles, las olas, parecían dormitar bajo el sopor de una siesta interminable y torpe. Entré en una tasca. Quería creer en la realidad soñada y pedí un vaso de ron. El ron olía a pescado, a mar, a marisco y a musgo y. . ., me los tragué. En una esquina jugaban a la sanga, y en otra un anciano descorchaba una botella. Me extrañó el raro olor esparcido y miré. En la etiqueta roja de la botella pude leer claramente un palabra: “pernod“.

-¡Viva mi ahijado! ¡Viva mi ahijado! “¡Vivire le France, le dulce France!“ aulló exesperado el viejo apurando de un trgo la botella.

Quemándome el ron las entrañas, aturdido, salí de allí tambaleándome como un borracho.

-Melancolía, ron, pernod, maroma, Francia. . .-iba musitando entre dientes, rumiando las palabras, hablando solo y sin estar borracho. Me alejé del lugar y no paré hasta hallarme a una considerable distancia.

Más tarde he sabido que en la Puntilla, y también en la Isleta (la Puntilla es prolongación, esquina y confín suburbano de la alta Isleta) he sabido que allí existe como tradición marinera arraigada navegar siendo joven

en barcos extranjeros. Por eso son contados los roncotes jóvenes que se ven. La mayoría son viejos, canosos y barbudos. Cuando ya se han cansado de las amplias rutas oceánicas, de vagar por el mundo, retornan a la Puntilla y allí practican la navegación costera de la pesca de altura africana y la pesca menor de barquillo, liña y nasa que diariamente abastecen el vivero y la “cachucha”, los bares y las lonjas. Los productos embalsamados del hielo y la Factoría hacen lo demás.

Es cierto: Como raro es el que no ha estado en el extranjero y raro el que no tenga un hijo, un nieto, un sobrino o un ahijado tripulante de un vapor extranjero, el ron, bebida exclusiva del roncote en otros sitios, en la Puntilla el exótico licor aparece sin la envidia de céntricos hoteles. Ron y whisky, ron con miel, pernod. . . , bebidas ardientes. ¿Cabrá acaso en la garganta ruda del roncote el frágil vodka? . . .

Creo que he logrado trincarle el alma a la Puntilla. La Puntilla, donde el “cambullón” además está incrustado, es rincón, recodo, reducto porteño de esforzados hombres de la liña, la nasa, el anzuelo y el pernod. Olimpo -no edén-, bajel, fortaleza, prisión, lazareto de roncotes. La Puntilla condensa, sin duda, la expresión más entrañable y fiel del alma marinera de la urbe.

CAPITULO XVII

EL CORREILLO Y LA JAULA

Año 1999. El Puerto de la Luz es una ciudad que se alza arquitectónicamente hacia el cielo. Las casas terreras casi han desaparecido; edificios de diez y doce plantas son comunes en cualquier calle. Las guaguas también han crecido; ahora las guaguas son todas como esa verde de dos pisos que circuló por primera vez en Guanarteme. Las palmeras, asimismo, presentan una esbeltez inusitada, elevando sus verdes guedejas por sobre los aleros de las viejas construcciones.

Todo ha cambiado. Hasta los turistas parecen distintos. Distintos los barcos que se enfilan en el muelle, que ya se aproxima a Las Palmas, a San Telmo. Los “Paquetes“, los “Mamarias“ y los “Castles“ que se ven en la Bahía sobrepasan las cuarenta mil toneladas. . .

Todo es distinto. El tiempo viene empujando el

nuevo siglo y las cosas, los hombres, la existencia, proyectan dimensiones desbordadas de “la cuarta“ einsteiniana. Todo, en el Puerto de la Luz, es distinto. El Parque de Santa Catalina es distinto, y distintos sus betuneros. Distinta la calle Ripoche, que de “arteria, corazón del Puerto“ se ha convertido en pulmón, estómago del Puerto con sus espaciosos bares humeantes de alcohol y apetitosas viandas.

La metamorfosis ha sido extraordinaria. Mas..., hay algo en el Puerto de la Luz que no ha cambiado. Como hace cincuenta años, como hace cien, doscientos años, en el muelle de Santa Catalina está atracado “el Correllillo“. Es “el Palma“, y su estampa es la eterna estampa milenaria con su casco, su chimenea y su ancla.

Como hace cincuenta, cien años, “el Palma“ pita y la gente corre presurosa por la escala. Hace la ancestral maniobra y se aleja; va a Tenerife. Como hace cien, doscientos años, tardará en la travesía seis, ocho horas.

En la primera del “Palma“, como hace cien, doscientos años, las maletas se amontonan y los caballeros en “el fumador“ procuran acortar las horas charlando y bostezando.

Santa Cruz a la vista, en el fumador de primera del “Palma“ se ha hablado de todo. El capitán ha compartido sus ratitos también con los viajeros; y los viajeros, algunos, recuerdan a tripulantes heroicos de la

Trasmediterránea: a Machín, el camarero, que bregó años y años y tantos favores hizo trayendo y llevando paquetes de una isla a otra; a Dieguito, el mayordomo, desaparecido hace tanto tiempo; al otro mayordomo, a Falero, que aún vive, ya viejito y canoso y retirado...

El "Palma" lanza el ancla y se aproxima al muelle de Santa Cruz. La tertulia del fumador se ha desintegrado. El capitán dirige el ataque y don Pepe Carrasco, que se ha hecho amigo en la travesía de don Mamerto Albarrán, se despide amablemente:

-Pepe Carrasco, letrado, empresario y comerciante a su disposición... Mis señas ya las sabe.

-Mamerto Albarrán, para servirle; ladrón de oficio.

Don Pepe, con un irreprimible gesto de complacencia, se abalanza sobre su compañero y lo abraza efusivamente:

-¡Me lo figuraba! Es usted un hombre verdadero. Esos son los hombres... Porque nosotros, los estraperlistas, al fin y al cabo vivimos del robo sin exponernos; y ustedes, los ladrones, se juegan valientes el bienestar y la vida... Tengo mucho gusto en llevarlo en mi coche.

En el lujoso coche Carrasco y Albarrán, una muchedumbre interrumpe la circulación en la Plaza de...

-Debe de haber pasado algo muy raro. Tanta gente reunida...- comenta Carrasco.

-Sí, algo muy raro; es demasiada gente.

Empujados por la curiosidad, los dos caballeros bajan del coche y se acercan al gentío.

En medio del gentío, se ve una jaula. Dentro de la jaula hay un hombre. El hombre está peludo, sucio y flaquísimo. De lo alto de la jaula pende un letrero. El letrero, con sus enormes letras estilizadas y negras, es escueto: “UN HOMBRE HONRADO”.

INDICE

I	- El Puerto	Página	7
II	- La Calle Ripoché	“	13
III	- “Mandarria“	“	19
IV	- La Isleta.	“	25
V	- Maestro Santiago “el pajarero“	“	31
VI	- La Plaza	“	39
VII	- Luciano	“	47
VIII	- Los Cambulloneros	“	53
IX	- Moyolas, el Navegante	“	59
X	- La Bahía	“	67
XI	- Maestro Juan “el del Calafate“	“	73
XII	- Guanarteme	“	81
XIII	- Maestro Pepe.	“	89
XIV	- El Muelle Grande	“	97
XV	- “Gilda“	“	103
XVI	- La Puntilla	“	111
XVII	- El Correillo y la jaula	“	119

FE DE ERRATAS

En la página 14, línea, 17, donde dice **sabia**, debe decir **savía**.

En la página 15, línea, 3, donde dice **vidad**, debe decir **vida**.

En la página 49, línea, 18, donde dice **enormente**, debe decir **enormemente**.

Este
libro se
acabó de imprimir
en los talleres tipográficos
A R P A, y es el número dos de
Ediciones LIBER, en Las Palmas
de Gran Canaria, el día veinte
de Febrero de mil no-
vecientos cincuenta
y cinco

OBRAS PUBLICADAS

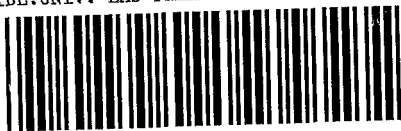
DIEZ CUENTOS - 1953

EL PUERTO DE LA LUZ - 1955

EN PREPARACION:

LOS CACIQUES

BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



484217

BIG 860-3 PER pue

Ptas. - 25